

no sólo con el surrealismo y Galdós sino también con los grabados de Goya y ciertas expresiones teatrales y religiosas del barroco español e hispanoamericano. En corto: trasciende los géneros establecidos por la didascalía tradicional.

Como otros contemporáneos suyos, entre los que yo me cuento, Octavio Paz se sintió a menudo incómodo respecto a la compartimentación de aquéllos: su poesía era el fruto de su experiencia social y vital y de una lectura crítica de la tradición europea e incluso hindú y japonesa, pero sus ensayos se hallaban igualmente «habitados por la poesía», de acuerdo con la fórmula que el jurado que me otorgó este premio acuñó generosamente al hablar de mis novelas. *El mono gramático* nos brinda un texto híbrido y deslumbrante, que obliga al lector a plantearse la pregunta: ¿es relato, es poesía, es ensayo? En verdad, se trata de las tres cosas a un tiempo, y esa imbricación y solapamiento de las fronteras del canon y la belleza del lenguaje confieren una sensación de frescura y libertad al recorrido aguijador de sus páginas. Hablando de un mundo ajeno con la fuerza de la visión y no la rutina del conocimiento, Paz no deja de hablar de sí mismo. Como dijo de Fernando Pessoa, «los poetas no tienen biografía. Su obra es su biografía».

Demorarme en la labor poética de Octavio Paz haría de mi intervención un interminable discurso. Las distintas etapas que van de *Libertad bajo palabra*, pasando por *Ladera Este* y *Vuelta*, a sus últimas obras, ofrecen una sorprendente conjunción de aparentes rupturas con una continuidad soterrada. La voz del poeta es inconfundible: nacida de «un ahora y un aquí sin nadie» aspira «a recuperar el lenguaje como una realidad total». De ella surgen constelaciones de poemas «unidos en admirable trabazón y concierto» si se me permite la acronía de citar respecto a él palabras de Sor Juana. Sólo añadiré que Octavio Paz, con Vallejo, Cernuda y José Ángel Valente, compone el grupo de poetas en lengua española del siglo XX del que me siento más próximo y que más querido me es. La narración (*¿Águila o sol?*) o el teatro (*La hija de Rappacini*) son transfigurados en otra cosa por el fulgor de su material verbal. Paz vivió por la palabra, sobrevive en ella y nos acompaña a todos en ese lapso fugaz que nos queda.

Tampoco cabe en el espacio de este discurso el examen de sus escritos políticos y de su contribución decisiva a la actual vitalidad de la vida cultural mexicana a través de publicaciones como *Plural* y *Vuelta*, cuyo contenido a veces polémico, pero siempre estimulante, completa su biografía. Octavio, junto a Carlos Fuentes, se alza como una de las figuras cumbres de la literatura no sólo mexicana e iberoamericana sino española y universal. A lo largo de más de tres décadas fue para mí un insustituible maes-

tro, inspirador y amigo. En el decurso de sus viajes y los míos coincidimos en París, Madrid, Valencia, Berlín, Nueva York y hablamos extensamente de literatura y política, de lo divino –los dioses griegos, aztecas e hindúes– y de lo humano e inhumano. A raíz de su lectura de mi texto autobiográfico *Coto vedado*, me escribió una carta bellísima, la mejor apreciación crítica del libro que he leído hasta hoy, condensando en una treintena de líneas lo que el gremio profesional de Sansueña, pese a su garrulería o tal vez a causa de ella, no alcanzó a expresar. Recuerdo sobre todo nuestro último encuentro en el hotel *Lutetia*, cuando, no obstante la enfermedad que le minaba, habló de nuestros amigos comunes y de la asfixia del texto literario por el producto editorial con su habitual lucidez, pero teñida de melancolía.

La importancia de Paz en el mundo literario mexicano está a la vista de todos: poetas como José Emilio Pacheco o Tomás Segovia, novelistas como Salvador Elizondo, Vicente Leñero o Juan García Ponce, ensayistas del fuste de Krauze y Monsivais, pueden dar testimonio de la incidencia, a veces por contraste, de una labor que se extiende durante más de seis décadas en sus propias obras y en su postura ética respecto a los problemas de la literatura y la sociedad.

Pero quisiera, antes de concluir, evocar aún a vuela pluma, la estrecha y privilegiada relación de Octavio Paz con España. Su participación juvenil en el Congreso de Escritores Antifascistas reunido en Valencia en plena guerra civil –y cuyo cincuentenario celebramos juntos– nos da la medida de su compromiso con la democracia, experiencia que le marcó de forma muy similar a la de Luis Cernuda. En México mantuvo un fecundo contacto con la diáspora republicana y acogió en sus publicaciones a algunos de sus más valiosos representantes, de Max Aub y León Felipe a Ramón Xirau. Hoy su pasión crítica alienta la creación de nuestros poetas, desde Pere Gimferrer y José Miguel Ullán a Sánchez Robayna, Masoliver Ródenas, Juan Malpartida, Jordi Doce, por citar tan sólo a unos pocos. Recordaré asimismo el papel precursor de Julián Ríos en la difusión de la obra de Paz en España con la edición de *Solo a dos voces* así como con numerosos textos narrativos en los que da rienda suelta a su singular creatividad. Ellos son la expresión de una literatura española opuesta al conformismo y estulticia del mundo oficial y la garantía de su supervivencia en los comienzos, bastante sombríos por cierto, de nuestro tercer milenio.

Hace treinta y pico de años, fue la mano amiga de Joaquín Mortiz la que acogió mi obra prohibida en España por la censura franquista y México sigue siendo, para mí y para muchos narradores, ensayistas y poetas españoles, esa gran nación hospitalaria, abigarrada y heterogénea, prodigiosa-

mente viva, cuyo contacto, en virtud de la convergencia de la intimidad y la distancia, nos procura esa mirada exterior, periférica, necesaria al conocimiento global de nosotros mismos. Como en 1939, México atrae a su ámbito a los intelectuales que están a la escucha de las voces de un mundo más vasto y contradictorio –con sus terribles desigualdades sociales y el problema aún pendiente de las comunidades indígenas– que el del espacio peninsular: es nuestra segunda patria.

Me permitiré ahora devolver la palabra a Octavio Paz, mediante la lectura de su poema «Ciudad de México», este palimpsesto urbano que sólo los arqueólogos y poetas alcanzan a descifrar:

*Ciudad de México*

VUELTA

Voces al doblar la esquina  
 voces  
 entre los dedos del sol  
 sombra y luz  
 casi líquidas.  
 Silba el carpintero  
 silba el nevero  
 silban  
 tres fresnos en la plazuela.  
 Crece  
 se eleva el invisible  
 follaje de los sonidos.  
 Tiempo  
 tendido a secar en las azoteas.  
 Estoy en Mixcoac.  
 En los buzones  
 se pudren las cartas.  
 Sobre la cal del muro  
 la mancha de la buganvilla  
 aplastada por el sol  
 escrita por el sol  
 morada caligrafía pasional.  
 Camino hacia atrás  
 hacia lo que dejé  
 o me dejó.

Memoria  
inminencia de precipicio  
balcón  
sobre el vacío.  
Camino sin avanzar  
estoy rodeado de ciudad.  
Me falta aire  
me falta cuerpo  
me faltan  
la piedra que es almohada y losa  
la yerba que es nube y agua.  
Se apaga el ánima.  
Mediodía  
puño de luz que golpea y golpea.  
Caer en una oficina  
o sobre el asfalto  
ir a parar a un hospital  
la pena de morir así  
no vale la pena.  
Miro hacia atrás  
ese pasante  
ya no es sino bruma.